



CENTRO ASTURIANO DE MADRID

Separata de la *Revista Asturias*

Nº 172 Madrid, 23 de junio de 2016

Edita e imprime: CENTRO ASTURIANO DE MADRID ©
ISSN 2254-7614 (versión impresa) ISSN 2255-1786 (versión electrónica)
D.L. M-5971-1986 (Separata)



Imagen de "Paisaje de otoño", de César González-Pola, cuadro donado a este Centro Asturiano

Donación del cuadro "Paisaje de otoño" y homenaje al pintor César González-Pola

16 de junio de 2016

DESARROLLO DEL ACTO

"Paisaje de otoño", un cuadro del pintor ovetense César González-Pola, pasó a formar parte de los fondos del Centro Asturiano de Madrid. Fue gracias a uno de los hijos del artista y propietario de la pintura, Arturo González-Pola, que decidió regalarlo a la emblemática Casa astur-madrileña. La donación se escenificó en el Salón "Príncipe de Asturias" durante un cariñoso acto al que acudieron muchas personas.

El emotivo acto, convertido en un homenaje al pintor, contó con la participación del escritor Héctor Martínez Sanz, un profundo conocedor de la obra de González-Pola, a quien glosó a través de una serie de diapositivas que recorrían su carrera artística. Participaron igualmente el presidente del Centro Asturiano de Madrid, Valentín Martínez-Otero, y Arturo González-Pola como donante del cuadro.

A través de la siguiente página puede conocerse mejor la vida y la obra del pintor César González-Pola: <http://cesargonzalezpola.com>

PALABRAS DE VALENTÍN MARTÍNEZ-OTERO PÉREZ
Presidente del Centro Asturiano de Madrid

Buenas tardes a todos señoras y señores, bienvenidos al Centro Asturiano de Madrid, la Casa de todos los asturianos y amigos de Asturias.

En el marco de nuestra incesante campaña sociocultural nos congrega hoy un acto especialmente significativo: un homenaje al pintor asturiano, carbayón, César González-Pola, fallecido en 1989 y representante destacado de la llamada “Escuela Paisajista Ovetense”. Recomiendo, por cierto, que se visite la completa página web sobre César González-Pola, pintor sobre todo de la naturaleza. Quiero recordar, por cierto, que una nieta suya, Covadonga González-Pola Jaquete, joven y polifacética, escritora, correctora de textos y de estilo, maquetadora, experta en redes sociales y mucho más, presentó con gran éxito en este Salón, en marzo, uno de sus libros: *El Hombre del Vestíbulo. Relatos de lo mágico y lo oculto en el corazón de Asturias*, editado por Laria, y que, además, está organizando unos talleres literarios que se desarrollarán en este Centro Asturiano de Madrid próximamente, sobre los que pueden obtener más información en nuestra secretaría y a través de la web.

En el transcurso de este acto, el hijo del pintor, Arturo, padre de Covadonga, nos donará, según figura en el programa, uno de sus cuadros: “Paisaje otoñal”. Para el Centro Asturiano de Madrid y para mí como presidente de la Casa es todo un honor y una gran satisfacción. Agradecemos profundamente a Arturo y a toda la familia González-Pola este cuadro, cuya realización es proyección del alma viva del pintor. Un cuadro que nos acerca Asturias, un paisaje que se siente, que se huele, que se palpa, que se disfruta. Un paisaje que vivirá en esta Casa y en nuestros corazones.

Con arreglo al protocolo establecido intervendrá seguidamente Héctor Martínez Sanz, crítico de arte, que hará un recorrido por la obra del pintor. Debo decir que ha sido para mí muy feliz la coincidencia con Héctor, a quien conocí cuando se acercaba como oyente, llevado por su curiosidad intelectual y por la amistad con una de mis mejores alumnas, Andrea, a algunas de mis clases hace unos años en la Facultad de

Educación que, sin duda, se vieron mejoradas con su presencia. Por supuesto, también acudía con frecuencia a esta Casa. Leo algunos datos extraídos de su brillantísimo currículum.

Héctor Martínez Sanz, madrileño nacido en 1979, Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense, diplomado en Literatura por la Sociedad Cervantina de Madrid y en Periodismo Cultural por la Universidad Babeş-Bolyai. Es profesor titular de Filosofía, Lengua y Literatura, así como preparador de Procesos de Oposición para el cuerpo de maestros en Madrid.

Tiene publicados ensayos, novelas y obras poéticas. Entre los ensayos destacan *Comentarios a Unamuno*, *Pentágono*, *La ciencia como modelo de saber*, *Lectura de Tagore*, o el más reciente *Las Sombras de Cervantes*, en el marco del IV Centenario de la muerte de Cervantes.

Es co-autor en los libros de crítica literaria como *Viajes al fin de Finisterre: César Antonio Molina y Michel Houellebecq: amor y otros mitos*.

En esta faceta ensayística y académica, dentro del mundo del arte destaca el volumen de crítica titulado *Baruch Elron* con el que introdujo al pintor hebreo, hasta entonces desconocido en España; también destacan sus colaboraciones con el artista contracultural M.I.E.D.H.O., así como ensayos y artículos sobre destacados artistas extranjeros y españoles. Entre los nacionales citamos a César González Pola y Rafael Botí.

Desde la perspectiva del arte ha publicado el volumen de relatos *Humanografía. Relatos desde el lienzo*, en Argentina, con la Universidad Nacional del Sur. Una obra en la que la mujer es la protagonista de cada relato.

En su novelística sobresalen títulos como *Misión 109. La tragedia del Lady B' Good*, *El Clan de la Hormiga*, *Ixión* y *Mihai y Verónica*.

Dentro de la poesía colaboró en la obra colectiva *Conversos. Fragmentos de una antología futura*, el poemario *Antología Poética*, donde recopiló toda la

obra de su juventud, y el más reciente, *Nocturnal*, de este mismo año, basado en el género del nocturno poético.

Como editor, ha sacado adelante las siguientes ediciones críticas: *Visiones y Comentarios de Miguel de Unamuno*, junto a Isaac Juncos y editorial Antígona; *Los ángeles también lloran* de María Teodora Miclea; *La torre gótica o el espectro de Limberg*, de Pascual Pérez y Rodríguez; *La antología del relato gótico de Rubén Darío Thanatopía y otros relatos*, con motivo del Centenario del escritor nicaragüense; *El Caballero de las Botas Azules* de Rosalía de Castro; y la traducción y edición bilingüe de *Historia verdadera de un vampiro* de Eric Stenboc.

Ha recibido el Premio al Manuscrito “Eminescu visto por los españoles” 2010 por la novela Mihai y Verónica, el Premio ICR’10 del Instituto Cultural Rumano en 2010 por el ensayo Pentágono y el Premio MAC (Movimiento Arte Contemporánea de Lisboa) a la Divulgación Artística y Cultural consecutivamente en 2010, 2011 y 2012.

Enhorabuena Héctor. Sin duda, tu trayectoria es ejemplar y muy estimulante. Tiene la palabra Héctor Martínez Sanz. Muchas gracias.



De izda. a dcha.: Héctor Martínez, Valentín Martínez-Otero y Arturo González-Pola

PALABRAS DE HÉCTOR MARTÍNEZ SANZ

Crítico de Arte

Para mí es un placer doble estar hoy aquí. Primero por haber sido invitado por la familia González Pola a tomar parte en un acto tan generoso como la donación de una obra de arte la cual sé que es de las más apreciadas por Arturo González Pola, hijo del pintor y donante. Además, en segundo lugar, es un placer estar aquí, en el Centro Asturiano, hogar de Asturias en Madrid, y que también lo fue mío durante mis años universitarios, cuando asistía a las charlas de, precisamente, Valentín Martínez-Otero, actual presidente, a quien me une la labor docente y la formación de futuro profesorado.

Hace unos tres años escribí un breve ensayo¹ sobre la trayectoria del pintor asturiano cuyo nombre nos cita hoy aquí a todos nosotros: César Pola. Una trayectoria que representa una continua pelea por mantener intacta su libertad creativa. Como voy a comentarles, hablamos de un pintor que con cinco años ya vendió su primera obra, que empezó desplegando una libertad y una imaginación absolutas en su primera etapa, que después se vio obligado a aprovechar sus dotes artísticas para trabajar como delineante para el Ayuntamiento, un trabajo que lo limitaba mucho, o especializarse en el género del Retrato, que no le satisfacía. Todo frente a su deseo de pintar la naturaleza *au plein air* (al aire libre), lo que terminó triunfando en él y su obra.

Cuando escribí aquel ensayo en 2013, sintetice su trayectoria pictórica en los términos de un clasicismo romántico. Clásico, escribía entonces, debido al figurativismo y la preferencia por el tema de la naturaleza y del género del retrato. Romántico, sin embargo, por el tratamiento emocional y simbólico de la representación. Y es una afirmación que mantengo.

Sólo hay que escuchar al pintor mismo: «Puedo enamorarme del paisaje y vivirlo intensamente. También vivo, anímicamente con el árbol retorcido. Tengo del paisaje una idea compleja. Para mí, no está fuera, no me rodea. Está dentro de mí y yo soy parte de él. Yo procedo de la naturaleza y a

¹ Héctor Martínez Sanz, *César G.- Pola. Un clásico romántico*. Azay Art Magazine, 3-IV-2013.

ella regresaré. Por eso, dialogo con el paisaje, en cierto modo. Existe una comunicación entre el paisaje y mi interior².

La naturaleza es capital en César Pola. ¿Cómo no va a ser fundamental la naturaleza en un alma asturiana? Precisamente por ese enamoramiento de la naturaleza y su paisaje, César Pola fue un pintor al natural, *pleinairista*, más que de taller. Sin ese contacto concreto, directo y sensorial con el paisaje, no veríamos hoy las obras que de él contemplamos. Menos aún percibiríamos la atmósfera del lugar tal cual le impresiona. También la necesidad de ese contacto directo con el entorno natural justifica la predilección del pintor por los formatos pequeños y el uso preferente del táblex: puras razones prácticas para facilitar el traslado del material. Lo cual, si lo pensamos bien, engrandece el paraje, al convertirlo en el criterio para toda la labor pictórica.

Su pintura de la naturaleza ha de entenderse como ese diálogo en el interior del pintor. Dicho de otro modo, el paisaje no se mira, se siente, no nos lleva hacia fuera, sino hacia adentro. Y quien dice sentir, dice sentirse, y quien dice vivir, dice vivirse. En este punto, César Pola se nos revela como un romántico con un pie en el impresionismo.

Nos ha dicho que vive anímicamente con el árbol retorcido, el mismo árbol al que dedica los siguientes versos (¿qué alma romántica no tiene en verdad sentido poético?):

Árboles míos...
Amigos confidentes
en los juegos de mi infancia
perdida y solitaria...
Árboles muertos...
Desgajados, carcomidos
como pedazos
de mi alma.

Compañeros
del camino.
En vuestro dolor
descargo mi dolor.
En vuestra soledad
encuentro compañía.
Árboles muertos.
¡Hermanos míos!
También un día,
agonizante
y herido por los hombres,
junto a vosotros
a morir
acudiré

Como señalé en aquel ensayo, es difícil no pensar en el *Olmo seco* de Antonio Machado cuando unimos poema y pintura. César Pola dialoga con el árbol, lo invoca, lo personifica y lo individualiza con el retorcimiento de sus ramas. En verdad habla el pintor consigo mismo. El árbol es en sí mismo un símbolo de la persona, del espíritu, representa un estado y un momento, pero, sobre todo, simbolizan un arraigo a la tierra que los alimenta y vivifica, la fidelidad al origen y la genealogía, y también la trascendencia del espíritu. Tienen a un mismo tiempo el sentido del paso del tiempo y el sentido de la eternidad.

No es menos esta simbología existencial en César Pola, cuyos árboles secos, huecos y solitarios, aunque muertos muchos aún revestidos de robustez o gallardía y aún en pie, se sitúan en el centro y punto de atención de un escenario habitualmente nublado y sombrío. Estos árboles traen esa sensación de angustia que nos embarga vitalmente, a la vez que denotan un arraigo a su tierra asturiana.

² *Ibíd.*

La sensación de inquietud se logra con las líneas de las ramas dispuestas en todas direcciones, rompiendo el orden y equilibrio de la direccionalidad de la pintura. Esto otorga, en cambio, un profundo dinamismo. La vulnerabilidad y desasimiento se reflejan en la individuación del árbol, siempre solo en la escena, y su desnudez en las ramas secas, sin hoja, o su vaciado interior, lo que también sugiere ese matiz de muerte tanto en lo exterior como en lo interior. Un matiz que puede reforzarse a través de la, en ocasiones, posición recostada del tronco.

Recuerdan estos árboles al *Paisaje con árbol muerto* (1616-1617) de Rubens, a *Paisaje de invierno* (1811) o *El árbol de los cuervos* (1822) de Caspar David Friedrich, *El árbol seco* (1874) de Alessandro Ciccarelli, así como el protagonismo que asumen los árboles como motivo del impresionismo y posimpresionismo dentro del género del paisaje o también en pintores internacionales contemporáneos a César Pola como los sicomoros en la obra del estadounidense Emile Gruppe y la serie del Boulevard Chen de Tel Aviv del israelí Baruch Elron.

Las hojas de que carecen los árboles que mencionamos, podrían ser cualquiera de las que componen el conjunto de dieciséis obras sobre hojas secas a las que dedicó César Pola también algunos versos de similar factura a los anteriormente leídos:

Así te recogí
ya carcomida,
hoja humillada.
Hoja podrida
y destrozada...
Así te cogí
en un sucio charco
del camino...
Así te traje a mí...
¡No! ¡No estás sin vida, no!
porque aún fuiste capaz,

Homenaje al pintor César González-Pola
en tus despojos,
de percibir un poco
del calor
que te dieron mis labios
temblorosos...
Así te recogí...
pisoteada...
Así te traje a mí,
milagro del amor,
resucitada...

Del hiperrealismo de los cuadros de hojas a que me refiero, afirmó Carlos Bousoño en 1990 para la Exposición Antológica en el Centro de Arte Moderno de Oviedo: «son verdaderos retratos, además de constituirse en símbolos emocionantes de nuestra desolación de presionados, de atropellados hombres de hoy»³.

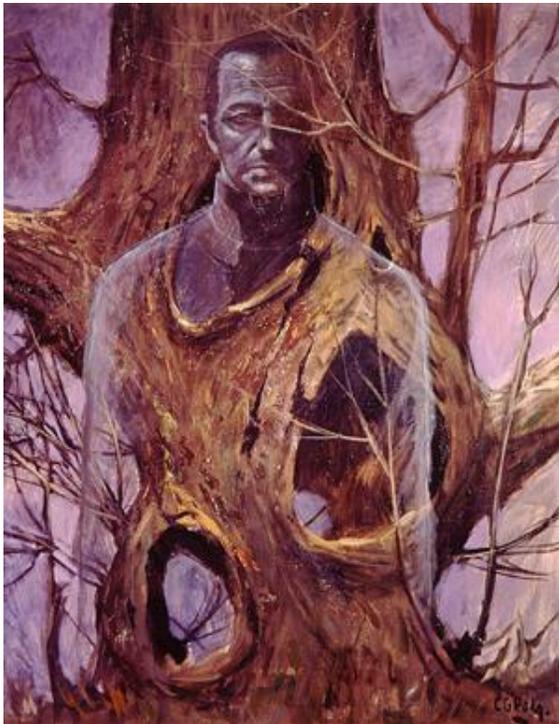
Para el propio pintor, sus hojas y árboles son un homenaje a «la belleza que hay en lo roto, en lo triste, en lo viejo y en lo despreciado (...) Todos estos árboles, todas estas hoja caídas, son como nostalgias de mi niñez, porque he vuelto a los sitios donde solía jugar para pintar aquellos árboles y me he encontrado con que están carcomidos, que no han podido resistir el paso del tiempo»⁴.

Al separarnos de la hoja y del árbol, surgen ante nosotros los grandes paisajes, sobre todo, de Asturias, y emerge ante nosotros la herencia impresionista que habita en la pintura de César Pola. Los tonos oscuros que dominaban a los árboles ceden ante la suave luz sobre montañas como la Sierra del Cuera o el Pico Torres, sobre valles como el de Lillo, caminos y sendas naturales, y más aún sus reflejos en las aguas de ríos como el Bedón y el Purón, e incluso paisajes marinos de Luanco y Llanes.

³ Exposición Antológica en el Centro de Arte Moderno de Oviedo, 1990

⁴ Exposición en las salas de la Obra Social y Cultural de la Caja de Ahorros de Asturias, 1977

En efecto, van a ser el color y la luz los elementos predominantes, precisamente los que aportan el valor expresivo, la atmósfera y el estado de ánimo. Sobre todo serán las gradaciones de colores fríos, de azul a verde, los que lleven la voz cantante. Pero, además, frente a la línea como elemento constructivo, propio del arte lineal, César Pola también usará el color como el elemento constructivo de la obra. Frente al tradicional arte lineal, en el que impera el dibujo, para los cuadros de César Pola el color y las relaciones cromáticas, ya una mancha de color o la combinación de pinceladas rápidas, son el fundamento de las formas y de los volúmenes, sirven para marcar las distancias y crear los espacios de la pintura.



Autorretrato, de César González-Pola

Otra característica destacable de los paisajes es la estructuración del cuadro como un espacio cerrado. Normalmente los paisajes van a estar delimitados en el fondo por bosques, montañas o acantilados y rara vez se va a mostrar abierto hacia el horizonte. Puede interpretarse como un intento subjetivo por abarcar completamente la naturaleza, crear un espacio interior en el que habita el pintor con una total seguridad frente a la incertidumbre del horizonte abierto.

Tal y como César Pola afirmaba, en la pintura de sus paisajes se trata de reproducir la percepción subjetiva del pintor en un instante determinado, escogido a propósito de la emoción: «Mis paisajes jamás retratan con fidelidad un determinado paisaje; para eso está la fotografía. Yo procuro dotar a cada uno de la intención o riqueza cromática que me sugieren, quiero transformar de acuerdo con mi particular sensibilidad lo que veo y ofrecer al espectador mi visión personal de determinado rincón. Quiero que se aprecie en el cuadro la emoción que me causa»⁵.

Tal y como se me evidenciaba hace tres años, lo crucial es la intencionalidad de la obra y no sólo la habilidad técnica, la cual ha de subordinarse a la intención momentánea de la elección que el pintor del paisaje realiza y al color mismo. César Pola lo afirmaba ante sus alumnos: «¿Cuál es el principal mensaje que doy a mis alumnos? Uno esencial: que dibujen bien y sepan elegir el color. La técnica a utilizar es ya lo de menos»⁶.

De hecho, la obra hoy donada al Centro Asturiano de Madrid, titulada *Paisaje otoñal*, corresponde una por una con las características que acabo de señalar respecto del paisajismo de César Pola. La pintura se convierte en máximo exponente dentro de toda su producción y es, sin duda, una de las obras en las que de mejor manera se condensa la mano del pintor.

Además de la sublimación de la naturaleza en paisajes marítimos, fluviales o interiores, tenemos también los paisajes rurales o agrarios. Se trata de

⁵ Diario Montañés, 15-X-1977

⁶ Hoja del Lunes de Oviedo, 30-XII-1985, p. 6

paisajes en los que la naturaleza surge ante nosotros colonizada por el hombre a través de huellas y vestigios que denotan su presencia.

En César Pola nos encontramos con la ausencia del hombre en el medio natural, y damos sólo con la naturaleza transformada por la actividad humana. Puede ser un caserón, un paisaje nevado de Potes, ya las cucas de maíz y varas de hierba, o un campo arado y cultivado con un espantapájaros al fondo. César Pola afirmaba sobre su obra: «Hay un mensaje importante que es, precisamente, la ausencia del hombre, la quietud de lo inanimado»⁷.

El caso de este Espantapájaros, en concreto, me llamó la atención en su momento. Y me llamó la atención por su *terribilidad*. Resulta evidente que en esta pintura hay algo más simbólico que la propia representación, un sentido trascendente mayor que en el resto de paisajes.

Tengo en cuenta que se trata de una obra, creo, de 1988, apenas un año antes de fallecer el pintor. Yo lo definía en 2013 como el eterno vigía de la cosecha y el sarmiento, cual Cristo crucificado protegiendo el arado y separando en el cielo de fondo la claridad blanca y el nubarrón tempestuoso. Este paralelismo con el Cristo y el fondo dividido por la luz y la tenebrosidad nos dan la imagen de una religiosidad en la que el espantapájaros como una cruz clavada en el mundo terrenal intimida al mal y protege al mundo. Es el Cristo ya ido, resucitado, del que nos queda lo último que como hombre deja: su cruz clavada en el mundo, enraizada como el árbol en la tierra. La función cotidiana del espantapájaros se sublima con esta obra hacia lo universal y místico sin perder su lectura más profana.

El hombre no aparece, según he dicho, en el paisaje natural, por decisión propia del pintor. Sin embargo, como buen heredero del impresionismo, además de la naturaleza y el paisaje, César Pola dedicó buena parte de su obra también al género del Retrato. Y aquí sí nos encontramos con el ser humano. Si bien antes nos decía que en la pintura al aire libre del paisaje lo fundamental era el color y no la técnica, en cambio, de cara al retrato se invierten las tornas y la técnica cobra una relevancia que antes no tenía. No es algo con lo que César Pola se sintiese cómodo, pues afirmaba:

⁷ Exposición Antológica en el Centro de Arte Moderno de Oviedo, 1990.

«desde luego que pierdo parte de mi libertad. Es más, yo cada vez que me pongo a hacer un retrato lo único que pienso es en poner en él mi oficio, mi técnica, y eso no es lo mío»⁸.

Un buen ejemplo lo constituye la obra que tenemos aquí, el Retrato de Juan María Rodríguez-Arango y Murias, de 1944, un óleo sobre lienzo, que cuelga de la galería de la Universidad de Oviedo, en la Planta baja al otro lado de la entrada principal⁹.

Es un retrato que, en principio, sigue la línea del género. Sin embargo, presenta algunos detalles interesantes. Por ejemplo, el incluir un paisaje nuboso de la ciudad de Oviedo como fondo de la pintura en lugar de una escena más académica o el fondo neutro más habitual en el resto de retratos de la galería. Esto es algo que aúna los dos géneros más trabajados por César Pola: el paisaje, en este caso urbano, y el retrato. De los retratos de la galería de Rectores de la Universidad de Oviedo que yo conozco y he podido ver, tan sólo el retrato de Fermín Canella, obra de Nicanor Piñole en 1941, insinúa la ciudad detrás del rector por medio de una parte de la Catedral. Al contemplar el cuadro de César Pola me recordaba, en cierto modo, y salvando las distancias, a las pinturas del Greco en su dedicación por Toledo o a retratos como el que Zuloaga hizo de su amigo Manuel de Falla con la Alhambra de fondo.

Las libertades del pintor se ven limitadas por el tipo de retrato que supone, con ciertas obligaciones como son el representar al Rector con sus atributos (toga, muceta, medalla), la posición y el plano (medio plano y de frente mirando al espectador) o la luz (necesariamente dirigida al rostro protagonista de la escena).

En otros retratos, en cambio, observamos una mayor libertad de elección y representación. Yo reparé, por ejemplo, en *Retrato de mujer*, que al ser del

⁸ Exposición Antológica en el Centro de Arte Moderno de Oviedo, 1990.

⁹ La Universidad de Oviedo puso en marcha en 2012 el Proyecto GAUDEO (www.gaudeo.es), como Galería Virtual del Patrimonio Cultural, Histórico y Artístico atesorado por la Universidad de Oviedo, impulsado desde el Vicerrectorado de Extensión Universitaria y Comunicación, con la colaboración de los vicerrectorados de Campus, Informática e Infraestructuras, y de Investigación y Campus de Excelencia Internacional. Incluye la citada Galería de Retratos de Rectores.

mismo año que el Retrato del Rector, de 1944, nos permite comparar y comprobar visualmente cómo en el caso del Rector imperaba la técnica y la necesidad impuesta, mientras que en este segundo hay mayor atrevimiento pictórico. Lo hay en la elección del color, en una paleta de colores más cálidos, o en la selección del primer plano sobre el rostro y la posición de perfil, lo que subraya la importancia del gesto relajado. Frente al tipo de retrato egregio y académico, como el retrato del Rector, qué duda cabe que hay mucha mayor sensualidad, mayor intimidad y confianza con la persona retratada en *Retrato de mujer*. Podríamos interpretar, en este retrato, la visión que el pintor tiene de su musa.

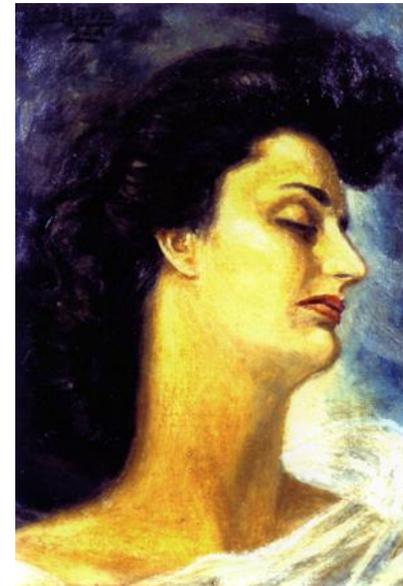
Finalmente, hay que destacar en la categoría de los retratos, los dos autorretratos que nos devuelven a la declaración del pintor, que nos decía: «También vivo, anímicamente con el árbol retorcido». Ambos autorretratos representan la literalidad de la declaración de César Pola.

Figura y fondo no se juxtaponen en este caso, sino que se funden en un solo movimiento rodeando con transparencias el motivo del tronco del árbol hueco que vimos al principio. El pintor aparece como un espíritu de la naturaleza, enfrentado al espectador e identificado con aquélla, emerge como una presencia viva y etérea que habita en los bosques, reclamo de cierta mitología fantástica y de cierta poética pictórica. Los colores fríos, azules y violáceos, y la transparencia refuerzan e intensifican la representación espectral en ambas obras.

Existen dos facetas más de la obra pictórica de César Pola que no querría dejar sin mencionar. Por un lado, los llamativos *Bocetos de sensaciones*, serie de su primera época y una isla en su producción donde el protagonismo de la figura humana y la presencia del simbolismo son absolutos. En ellos tenemos la representación de las inquietudes humanas y se imprime una absoluta libertad artística que abre las barreras de la frontera real en que se apoyaba el paisaje. En ellos, César Pola nos transporta a un espacio sombrío, onírico y sobrecogedor.

Especialmente representativo de este grupo de pinturas, para no alargarnos, es *La Ciega*, obra de 1946. Una obra que se nos presenta dividida en dos planos, figura y fondo, que se conectan de forma

psicológica a través de la tonalidad clara de las manos y la silueta que emerge de la oscuridad a su espalda. Para la mujer ciega que tenemos sentada en primer plano, sus manos son sus ojos, puestas palmas arriba y fuertemente iluminadas. Lo que ve se dibuja y adquiere forma en el fondo del cuadro, que actúa como espacio de la imaginación. El movimiento de su cabello, como si un viento soplara y lo removiera, sugiere una especie de viaje o vuelo de la imaginación, pues sólo afecta a la cabeza mientras que el resto del cuerpo y el vestido se mantienen en reposo. De hecho, la melena se confronta en dirección y color con las líneas de la visión, lo que establece una reciprocidad entre la figura de frente y el fondo del cuadro.



Retrato de la mujer del pintor

En mi modesta opinión, más que al surrealismo, que suele ser la primera relación que el espectador intenta establecer, los *Bocetos de sensaciones* me parecen obras más cercanas al romanticismo y a movimientos que beben del alemán *Sturm und Drang* (*Tormenta e ímpetu*), que destacaba la preeminencia del sentimiento, de la emoción y de la pasión frente a la razón, de lo misterioso frente a la evidencia, lo irracional y lo espiritual, incluso lo onírico frente al orden y la vigilia. Lo romántico frente a lo ilustrado. Al fin y al cabo, son los valores que destacan en la práctica totalidad de la obra de César Pola.

La segunda faceta que no puedo dejar de mencionar es que César Pola será ya por siempre el autor del escudo oficial de Oviedo, y el color azul, cuyas tonalidades, hemos visto, tanto trabajó en sus pinturas, queda ahora como el reconocido *Azul Oviedo*, un legado para todos los ovetenses, asturianos y españoles. Un trabajo por el que, además de orgulloso por el resultado, se sintió antes y sobre todo, muy honrado por el encargo. Según el propio pintor fue un «trabajo que hice con gran cariño porque soy ovetense (...) Ha sido un gran honor para mí»¹⁰.

Hoy aquí, en el Centro Asturiano de Madrid, honramos la memoria de un pintor enamorado tanto de Asturias como de la pintura, un amor que él no sabía explicar con palabras y que, en cambio, todos entendemos muy bien al oírle decir: «Es algo que te lleva..., que expulsas, que maduras, que te sale de dentro a fuera... No sé cómo explicarlo... A veces es difícil explicar cosas que sientes de verdad, que amas, que forman parte de ti». Un amor a su tierra asturiana y a la naturaleza, un ansia de totalidad vital, que nos ha legado tanto a sus alumnos del taller como a todos los que disfrutamos de Asturias y sus paisajes en sus pinturas.

Muchas gracias.

PALABRAS DE ARTURO GONZÁLEZ-POLA *Hijo de César González-Pola*

CÉSAR GONZALEZ-POLA ALVAREZ-URIA 1921-1989

En primer lugar quiero agradecer al presidente del Centro Asturiano, Valentín Martínez-Otero, la oportunidad de realizar un homenaje al pintor César Pola, asturiano por los cuatro costados que plasmó el paisaje del Principado de forma magistral.

También a Héctor Martínez Sanz, por su excelente exposición de la obra de mi padre.

Y a todos los presentes familia, amigos y socios del Centro Asturiano presentes en este acto.

El cuadro que voy a donar, lo he elegido por ser un paisaje muy luminoso, y muy característico de la pintura de mi padre.

Es un óleo sobre tabla, con unas dimensiones de 55 x 47 y está firmado por el autor. A mi entender es un tema muy asturiano y es representativo de la obra del artista.

He querido hacer que los socios del Centro Asturiano de Madrid puedan conocerlo a través de esta obra.

Así cada vez que alguien mire este paisaje estará disfrutando la belleza natural de Asturias.

Sirvió de modelo para sus alumnos en sus clases de pintura, en el estudio de la calle Doctor Casal en Oviedo.

El presidente, Valentín Martínez-Otero, me ha prometido que será colocado en lugar donde pueda ser visto por muchos socios.

¹⁰ Hoja del Lunes de Oviedo, 30-XII-1985, p. 6

La familia acostumbrada a compartir, pues somos once hermanos, estamos muy contentos de la donación de esta obra a todos los asturianos.

Reiterar las gracias al Presidente por haber hecho posible este acto que nos ha reunido a todos alrededor de la obra del pintor César Pola.



Fotografía del pintor César González-Pola